

# Legendarium IV

# Legendarium IV

Vampiros, aquelarres y  
fuerzas del mal

ANTOLOGÍA COMPILADA POR  
JAVIER PELLICER Y RUBÉN SERRANO



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#legendarium

**Colección:** Tombooktu Fantasía y Terror  
[www.fantasiayterror.tombooktu.com](http://www.fantasiayterror.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** Legendarium IV

**Autores:** ©2012 José Luis Cantos Martínez, ©2012 Cristina Puig Argente, ©2012 Elena Montagud, ©2012 Jose Alberto Arias Pereira, ©2012 Mikel Rodríguez Álvarez, ©2012 Julián Sánchez Caramazana

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN Papel:** 978-84-1574-12-3

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-429-2

**ISBN Digital:** 978-84-9967-404-9

**Fecha de publicación:** Octubre 2012

Impreso en España

**Imprime:** Ulzama Digital

**Maquetación:** [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

**Depósito legal:** M-33.285-2012

# Índice

Prólogo .....	9
El ataúd .....	13
<i>José Luis Cantos Martínez</i>	
La Atalaya de las Almas .....	39
<i>Cristina Puig</i>	
El cura mago de Bargota.....	45
<i>David Marugán</i>	
Una parca labor.....	57
<i>Elena Montagué</i>	
Las caras de Bélmez.....	67
<i>José Alberto Arias Pereira</i>	
¡Umbrales! .....	83
<i>Mikel Rodríguez</i>	
Las damas del lago .....	97
<i>Julián Sánchez Caramazana</i>	
Sobre los autores .....	107

## Prólogo

Un *legendarium* o legendario es un compendio de leyendas, es decir, un repertorio de esas historias fantásticas o imaginadas que se cuentan como si hubieran ocurrido de verdad y que forman parte de la cultura popular. La leyenda es una narración tradicional que incluye elementos ficticios, a menudo sobrenaturales, la cual se transmite de generación en generación, sufriendo con frecuencia en ese proceso supresiones, añadidos y modificaciones, especialmente para adaptarse al espacio y el tiempo al que pertenecen el narrador y su audiencia.

La leyenda suele estar ligada a un elemento preciso, que se integra en el mundo cotidiano o la historia de la comunidad a la que pertenece. A diferencia del cuento, la leyenda sucede habitualmente en un lugar y un tiempo reales, reconocibles por el oyente o lector, aunque eso no quita para que se incluyan elementos fantásticos.

Las leyendas nacen con el hombre primitivo y su necesidad de dar una explicación a los misterios del universo de una forma inteligible para su mentalidad. Con tal fin, aparecieron leyendas que eran expresiones de las creencias y sentimientos humanos, y no una mera invención recreativa. Al igual que los mitos, tenían un sentido religioso. No se relataban para entretener ni divertir, sino para transmitir un conocimiento fundamental.

Fruto de la invención de un individuo, las leyendas eran adoptadas posteriormente por otros y ampliadas con nuevos detalles para llenar los huecos. Si se extendían y eran importadas por otros

pueblos, se adaptaban a su medio hasta acabar considerándose como propias.

Pero el término *legenda* no aparecería hasta la Edad Media, y sería para designar las vidas de santos, más o menos fantaseadas, que habían de «ser leídas» en los círculos monásticos. Y sólo más tarde, con el romanticismo, se identificaría la leyenda y su formación popular con su particular idea de la historia, entendida esta como «manifestación del espíritu de un pueblo que ennoblece su edad heroica».

En la actualidad, la leyenda constituye un género narrativo concreto que actualiza —o inventa— una mentira literaria preexistente.

Las leyendas son testimonio vivo de la historia y del saber popular que integran el acervo folclórico.

Hay temas recurrentes dentro de las leyendas, que se repiten en relatos de diferentes culturas, como es el caso del diablo, los tesoros o determinado tipo de personaje, sufriendo algunas variaciones en su contenido.

En el caso concreto de las leyendas en España, estas mezclan tradiciones muy disímiles, de procedencia celta, ibérica, romana, visigoda, judía, árabe... Por ello, se trata de uno de nuestros más importantes bienes culturales, herencia de la memoria de un pueblo multicultural como es el español.

La abundancia y variedad de las leyendas de nuestro país es tal que sería absolutamente imposible recogerlas todas en un único volumen. No obstante, diferentes autores hemos querido hacer nuestro particular homenaje al *legendarium* español a través de diferentes relatos basados en leyendas tradicionales de nuestra piel de toro.

Así, en el presente trabajo ofrecemos nuestras propias versiones —y visiones— de diversas historias pertenecientes a diferentes regiones de España, recogidas de punta a punta, desde Cataluña hasta Andalucía y desde Galicia hasta Baleares, abocándonos no sólo a las leyendas populares sino también a aquellas narraciones que se escuchan cotidianamente en la ciudad. Y es que también hemos querido tocar alguna que otra leyenda urbana, esas historias que forman parte del folclore contemporáneo y

que, a pesar de contener elementos sobrenaturales o inverosímiles (generalmente emparentados con algún tipo de superstición), se presentan como crónica de hechos reales sucedidos en la actualidad.

Con todo ello hemos compilado una antología de relatos que pretende seguir alimentando el imaginario popular con historias fabulosas, cargadas de misterio. Pero, a diferencia de las auténticas leyendas, las nuestras no pretenden explicar nada ni están al servicio de las creencias de la sociedad. Sólo buscan proporcionar una nueva vuelta de tuerca a algún tema ya existente, trastocando deliberadamente la historia original en la que se asienta para dar paso a una nueva versión. Y todo ello con un fin meramente recreativo, para entretener y divertir al lector con nuevas «mentiras» literarias que, sin embargo, recobran el verdadero origen etimológico de la palabra leyenda: obras para ser leídas.

En este pequeño muestrario hay historias de fantasmas y espíritus atormentados, de brujas y vampiros, de seres malvados, de lugares encantados y sucesos sobrenaturales, de misterio y horror, de amores imposibles... Son relatos fantasiosos cargados de elementos imaginativos, cubiertos de matices y siempre adornados con el fino velo de la fantasía, en los que cada autor, abriendo la puerta a la inventiva, ha sabido dotar a su texto de su impronta personal. Esa es la magia de la literatura.

Ojalá que estas narraciones sobrevivan igualmente al paso del tiempo y, algún día, sean también leyenda.

Hasta entonces, sólo esperamos que las disfrutéis.

*Javier Pellicer y Rubén Serrano*

# El ataúd

José Luis Cantos Martínez

Cartagena, 10 de enero de 1903

Pedrico, el zagal de los Martínez, me miró de hito en hito, el pelo alborotado bajo la gorra de pana y las manos resguardadas en las axilas. La mañana había despertado muy fría.

—¿Un ataúd, José? ¿Has dicho un ataúd?

Reí al ver la expresión de asombro en su rostro lampiño. Era un chico vivaracho e impresionable al que su padre —muy buen amigo mío— puso bajo mi tutela a fin de que aprendiera un poco el oficio de carromatero. «Poco hay que aprender...», le había dicho yo a su padre, «...únicamente a guiar a las bestias». Lo cierto es que el chaval me echaba una mano cuando era necesario cargar peso, en el aseo de los corceles y, lo más importante, me hacía buena compañía en los viajes más largos. Y este era el mayor de cuantos se me habían encargado. Debo confesar que, en un principio, el encargo no me dio buena espina, pero en los tiempos que corren nadie desestima un céntimo.

—Sí, Pedrico, un ataúd.

—¿Alguna vez has llevado uno en el carro?

—He llevado tantas cosas —reí—. No, nunca uno de esos. Y no creas que me hace mucha gracia, pero no hay que hacerle ascos al trabajo.

El chico pareció comprender, tiritó y devolvió la mirada al camino.

Los cascos de los caballos resonaron hasta que llegamos a la zona más bulliciosa del puerto, donde barcos enormes atracaban



llenando el cielo encapotado con sus bocanadas de humo negro. El mugido de las bocinas y la algarabía del gentío que circulaba trayendo y llevando la mercancía nos engulló sin que nos diéramos cuenta. Al llegar al muelle indicado, tiré de las riendas y miré mi reloj de bolsillo.

—¿Hemos vuelto a llegar temprano, José? —se quejó el crío.

—Como siempre. Todos pueden llegar tarde; nosotros no.

—¡Pues yo me muero de frío!

—Toma —dije soltándole unos céntimos y señalándole una taberna, justo frente al muelle—. Ve y pide a la Mari que te caliente un vaso de leche. Y dile que si falta dinero, que se lo fie al José.

El chaval saltó del carromato con la facilidad de los trece recién cumplidos y, tras esquivar a un par de portadores que no dudaron en mentarle a sus padres, se metió en la taberna.

Yo también descendí, aunque con menos gracia. Puse el morral a los caballos y me guardé las manos en los bolsillos. Sobre las hombreras de la chaqueta y mi coronilla calva sentí caer el relente de una mañana que se negaba a nacer. El salitre se me pegaba a las mejillas mientras observaba un carguero del que un grupo de hombres, rudos y malhumorados, bajaban largas cajas de madera. Sobre el casco, el nombre del barco en un idioma incomprensible.

—Gracias por su puntualidad.

La voz sonó tras de mí, afilada como un punzón helado. Un individuo espigado y grácil, de tez pálida, pómulos marcados y ojos hundidos en cuencas violetas, me dedicó una leve reverencia. Vestía un chaqué negro a rayas grises y un sombrero hongo, también negro.

—José Francisco Espinosa —me presenté estrechándole la mano.

—Tanto gusto, mi nombre es Piet Avram —tenía un acento muy marcado, paladeaba las erres y salivaba las eses, pero parecía dominar con soltura nuestra lengua—. Represento al dueño de la mercancía a transportar.

Su mano era fina, de dedos largos, pero dura y firme. Pude observar también que, tras él, cuatro hombrachos de pieles ce-trinas y barbas hirsutas miraban en todas direcciones con recelo.

## La Atalaya de las Almas

Cristina Puig

Solos la inmensidad y yo. El canto de las olas y el silbido del viento. La atalaya era mi refugio. Allí me pasaba horas conmigo mismo, además de ser el lugar donde me ganaba la vida vigilando la posible entrada de una escuadra enemiga.

Tenía orden de enviar señales a otra torre vecina ante cualquier avistamiento de piratas o corsarios, para que estas llegasen al Palacio Real de Mallorca. En mi tarea me suplía otra persona. Mi compañero solía quejarse de la dureza del oficio porque pasábamos muchas horas en soledad y silencio, sin hacer prácticamente nada más que estar observando el mar, pero me apasionaba. Siempre elegía el turno de noche porque era cuando el cielo se transformaba en mi Biblia, en mi fuerza y en mi fe. Solía sentarme en el maticán a contar estrellas y observaba las distintas fases lunares. Los días de tormenta veía los rayos caer y la lluvia lanzarse sobre un piélago furioso. Desde ese mismo lugar observaba a diario una lámina de plata, aunque, por desgracia, no del mismo modo en que lo hago ahora.

Una alfombra azulada e infinita se extendía ante mis pies, mientras un manto de cielo y la Madre Tierra me acogían en su regazo. Yo sentía aquello como si todo formara mi universo particular, privado. Recuerdo que solía anotar en un pergamino, bajo la luz de un velón, los sentimientos que me provocaba estar allí en lugar de dedicarme a mis obligaciones.

Una gélida noche de invierno, la ventisca escupía sobre las aguas, encrespándolas con su fuerza bruta. Las olas se batían, chocando desafiantes contra las rocas, y parecían querer trepar hasta la atalaya. La tormenta no cesaba. De pronto, algo me inquietó. En el portón sonaron unos intensos golpes. Las armas con las que contaba allí no eran muchas: dos arcabuces, varias espigardas, unas cuantas libras de pólvora y algunas balas. Cargué con rapidez un arcabuz y me dirigí con sigilo a la puerta, dispuesto a evitar cualquier peligro. Apunté al frente y al abrir descubrí que no había nadie. Salí de la torre y anduve por los alrededores bajo la lluvia. Al no ver a ninguna persona opté por regresar a la fortaleza. La noche siguiente ocurrió lo mismo. No pude saber quién había aporreado el portón; sin embargo al amanecer descubrí algo más. Al comenzar mi jornada, encontré un trozo de pergamino clavado tras la puerta, en el que podía leerse: «Abandona en los próximos días la torre o acabaré con tu vida y mi tripulación derribará la atalaya».

Alarmado ante el mensaje, le expliqué a mi compañero lo sucedido. Me dijo que no sabía nada sobre aquella extraña misiva ni había visto a nadie cerca de la torre. Me aseguró que él mismo informaría a las autoridades del Palacio Real y me aconsejó que no me preocupara. A medida que se acercaba la noche, la inquietud me devoraba por dentro y carcomía mi mente. Antes de comenzar el turno, me ocupé de inspeccionar los alrededores. Cuando estuve seguro de que estaba solo, regresé y me dispuse a escribir. Transcurridos unos segundos, sucedió de nuevo. Llamaron otra vez. Decidido, cogí el arma y abrí con rapidez, pero no descubrí nada. Al entrar, mis ojos no pudieron dar crédito a lo que contemplaron.

El arcabuz cayó al suelo.

Un ser muy alto, de silueta delgada, permanecía inmóvil frente a mí. Al verlo, sentí que su mirada vacía traspasaba mi alma y parecía querer quebrarla. Al instante percibí que no estaba vivo, a pesar de que respiraba. Un horror informe y enfermizo se apoderó de mi ánima, desangrándola, para quedar instalado en ella, y mi cuerpo comenzó a temblar. Los nervios me destrozaban. Supe que en cualquier momento me desmayaría.

Parte de su rostro quedaba semioculto por un sombrero oscuro de ala ancha. Los ojos, carentes de vida, no dejaban de acecharme.

## El cura mago de Bargota

David Marugán

**E**se domingo, cuando Johanes entró en la vieja iglesia de Santa María, después de la hora sexta, se hizo un silencio sepulcral en la feligresía. Algunos se atrevían a murmurar, señalando aquella figura alta y tocada con un ancho sombrero de paño negro cubierto de nieve, mientras caminaba con paso reposado y desafiante hacia el altar mayor.

—¿Habéis visto la nieve que trae en las alas del sombrero? A buen seguro que viene volando de los Montes de Oca este demonio.

—Conteneos, Nuño, que estáis en la casa de Dios —repuso la esposa del esquilador dándole un fuerte codazo y santiguándose.

Johanes se arrodilló ante el sagrario haciendo una breve reverencia, se quitó el sombrero y alzó la vista sonriente hacia las bóvedas estrelladas. Debía comenzar la misa, ya era tarde y los bargotanos estaban impacientes por escuchar a su párroco. Giró la cabeza para contemplar la talla de la Virgen de la Esclavitud y, por un momento, su semblante se entristeció en un sentimiento de culpabilidad. Luego, se incorporó y comenzó a rezar en latín con una letanía dulce e hipnótica, escudriñando a su fiel auditorio.

La tarde tocaba ya a su fin. Juan Lobo le esperaba agazapado en las sombras. Johanes parecía saberlo; no se sorprendió lo más mínimo cuando entró en casa quitándose su gastado sombrero y le vio con la cara tiznada, con los ojos brillantes a la luz del hogar, como una alimaña temblando de miedo junto al fuego.

—Vaya, vaya. Aquí estáis, en mi humilde morada y anocheciendo, el más terrible capitán de bandidos que conociese el reino de Navarra, Juan Lobo de Codés. ¿He de tener miedo acaso? ¿Qué negocios os traen a la casa de un pobre clérigo? —dijo en tono irónico retirándose la capa.

—Me buscan los arcabuceros de la Cofradía de Torralba para prenderme. Son más de una veintena —susurró Juan mirando a su alrededor con desconfianza.

—No temáis nada, todavía andan por Viana. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Llevadme con vuesa merced. Dicen que podéis cabalgar en las nubes o galopar a lomo del esqueleto de un animal. Antes de que caiga la noche, con ayuda de vuestra magia, podría estar a veinte leguas y escapar de esos rufianes —suplicó Juan observando los centenares de extraños libros apilados aquí y allá por toda la estancia.

—Haré algo mejor que eso, pero antes decidme... ¿Qué me daréis a cambio?

—Bien sabéis, brujo, que no poseo ni un real de vellón. Todo lo dejé allá por Azuelo cuando tuve que huir denunciado por ese maldito pechero<sup>1</sup>. Te digo que si lográis zafarme del regidor daré mi alma a Belcebú si es preciso —exclamó el maleante convencido, mostrando un herrumbroso cuchillo con las cachas de hueso en un amago de cortarse en el antebrazo como juramento.

—De cierto os digo que ya lo habéis hecho —respondió Johanes antes de estallar en una estrepitosa carcajada.

Juan Lobo le escuchaba con atención, asintiendo excitado mientras le contaba los planes que tenía para él. El clérigo, con los ojos desorbitados y la mirada perdida entre los frascos de ungüentos, agitaba las manos frenético explicando los detalles.

Aquella noche hubo «candilada»<sup>2</sup> en la casa de Marina. Las ancianas hilaban en corro descansando sus curtidos pies sobre un

---

1. Plebeyo, del pueblo llano.

2. Tradicionales reuniones a la luz de los candiles, normalmente formadas por mujeres.

## Una parca labor

*Elena Montagu*

La abuela Martina tenía unos ojillos chispeantes que sacaban una sonrisa a cualquiera. Éramos cinco primos, pero yo era su nieta preferida. Porque era la chiquilla más lista del pueblo, la más vivaracha.

Sin embargo, cuando cumplí quince años, los ojos de la abuela Martina se tornaron oscuros y tristes. Y en ocasiones la descubría observando con melancolía la infinita negrura de la noche, vacía de estrellas.

Por eso le pregunté. Y porque la abuela Martina era ya una anciana centenaria y no mostraba ningún signo de morir.

Si hay algo que los mortales deseamos más que nada en este universo hostil, regido por un dios maquiavélico y burlesco, es no morir nunca; poseer el don de la inmortalidad.

Todavía hoy recuerdo la tarde en que me acerqué sigilosa —una muchachita casi tísica con unas piernas largas y escuálidas— a su mecedora y me senté a su lado, acariciándole el largo cabello gris. Sentía por la abuela Martina suma ternura. Mi madre había muerto cuando yo contaba con tan sólo seis años, así que la abuela se había convertido en mi segunda madre. Por las noches, cuando me acompañaba a la cama, antes de dormir me relataba siempre una historia, a cada cual más fascinante. He de decir que la abuela me había regalado su corazón, pero también sus historias. Leyendas que despertaban en mi interior el fuego de la curiosidad. Además, la abuela Martina tenía un modo peculiar de contarme los cuentos: sus ojos brillaban a medida que

se acercaba a los finales. Entonces, al acabar, me daba un enorme beso en la frente y aseguraba que tenía un bolso mágico en el que guardaba todos los cuentos que me narraba, y que jamás se acabarían. Las leyendas que más me gustaban eran aquellas relacionadas con pueblos de alrededor de Valencia. Cuando la abuela se casó, pasó a vivir a la capital, pero de pequeña había vivido en Altea.

—¿Quieres un poquito de *pa, oli i sal*<sup>14</sup>? —me preguntó, acariciándome la mejilla con cariño.

Asentí con la cabeza alegremente, mientras observaba cómo se levantaba de la mecedora y se dirigía a la cocina a paso lento. Me trajo una gran rebanada de pan tostado con aceite y comencé a comérmela con ansia. Todo lo que cocinaba la abuela —aunque fuese tan sencillo como esto— me parecía la gloria. Entonces me miró y vi de nuevo la oscuridad y la tristeza en sus ojos. Dejé el pan en la servilleta y la abracé.

—¿Sabes la leyenda del árbol embrujado?

Negué con la cabeza, contenta porque me iba a contar una nueva historia tan interesante y fantástica como todas las demás. Se reclinó en la mecedora, balanceándose tímidamente, con la mirada fija en la pared. Y entonces comenzó, con su voz acariciadora, a contarme el cuento que jamás olvidaría...

Érase que se era, una muchacha que corría hacia un árbol respirando con dificultad. Antes de llegar, tuvo que detenerse y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos e intentando coger el aire que le faltaba. Miró hacia el horizonte y se dio cuenta de que a tan sólo unos metros estaba el árbol de la leyenda que más le había llamado la atención. Se limpió las sudorosas manos en el delantal del vestido y echó a correr de nuevo.

Los mitos y leyendas abundan en la historia de la humanidad. Se inventan para entretener a los hombres, pero también para dar explicaciones a hechos que resultan inexplicables.

En Altea se rumoreaba que existía un árbol mágico. Mucho tiempo atrás, cuando todavía no existían ni los coches, una

---

14. Pan, aceite y sal.

## Las Caras de Bélmez

José Alberto Arias Pereira

A Bélmez de la Moraleda  
A María Gómez

En la primera visita, muchos se sentían decepcionados. No era este el caso de Iñaki. Él, admirador confeso de lo paranormal, oyente puntual del programa Milenio 3 y lector empedernido de toda publicación de tintes extraordinarios, se sintió agradecido al universo. Las Caras estaban ahí, y eso era cuanto importaba. De hecho, nada más cruzar el umbral, fotografió el momento y los detalles de la conocida casa: el olor a pueblo, a antiguo, a la casa de sus abuelos cuando era niño, la poca luz, la bombilla anaranjada pendiente del techo, las fotografías y pósteres en las paredes, el sonido del televisor, bastante discreto, y a la dueña de la casa, María, tan imponente como la había imaginado. Sobre la mesa había un plato con habichuelas y una ensalada de lechuga y tomate, tan humilde como la estancia.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes. Pasa, pasa aquí a ver las Caras.

Iñaki se preguntó cuántas veces habría pronunciado esas palabras la mujer para adoptar la naturalidad con la que se dirigía a los extraños.

—No quería molestar, la he pillado comiendo.

—No pasa nada, hijo. Estoy acostumbrada. Además, a mí no me molesta. ¿De dónde vienes?

—Ahí va, soy de Irún, del País Vasco. Me he pegado toda la noche viajando.



—¿Y vienes solo?

—Es que mi novia dice que estas cosas le dan miedo, pero a mí sí me gusta.

—¿Que dan miedo las caras? ¿Las has visto? Mira, mira, aquí hay una grande, ahí en la pared. Esa es de las primeras, que la arrancaron. Se llama *la Pava*.

—Sí, sí. Me sé los nombres. Esa es la del *Pelao*, ¿no?

—¿Sabes por qué le dicen *el Pelao*? Porque está calvo, mira la cabeza.

María rió y señaló con el dedo. Iñaki tuvo entonces la sensación de que la cara destacaba más sobre el fondo gris del suelo.

—Y las Caras, ¿cómo se dio cuenta de que habían aparecido?

—Uh, eso fue hace mucho. Un día que venía yo de comprar y me puse a guisar *pa* cuando volviera mi marido, y entonces la vi en la cocina. Estaba yo mala con las fiebres, que me dieron muy malas, y mi nieto se echó a llorar, y cuando estaba sacando los pimientos del aceite la vi en el fogón.

—¡Pues vaya, qué miedo!

—Al principio me dio algo de susto y fui a llamar a las vecinas, y ya cuando lo vimos todos empezó a venir más gente.

—¿Y ya se hicieron famosas?

—Qué va... si mi hijo picó donde la cara, pero luego volvió a salir.

—¿Picó el cemento para que ya no viniera más gente?

—Para que nos dejaran tranquilos, pero luego salieron más.

—Se hizo usted famosa.

—Me sacaban en la tele y en la prensa, y venía gente de toda España y del extranjero también. Vinieron de Alemania, de Barcelona, de Marruecos, de Sevilla...

—Vamos, que les faltó venir de la Luna.

Iñaki observó las Caras una a una, rasgos en el suelo, dibujos grises que conformaban toda una galería de facciones humanas. La imagen era perturbadora. Le recordó al *Guernica*, aunque mucho más primitivo... Más real.

—¿Y no se sabe todavía de dónde salen las Caras?

—Ahora dicen que es mi familia que murió en el santuario de la Virgen de la Cabeza. Ha salido un libro con las fotos.

## ¡Umbrales!

Mikel Rodríguez

Mucho se habla y escribe en estos días sobre los tiempos oscuros. Sin embargo, apenas unos pocos elegidos —o condenados— han tenido verdadero contacto con ellos. Yo soy una de ellos.

Estamos en *lamia-osin*, cuya traducción sería, un poco libremente, ‘pozo o cueva de las brujas’... Aunque todo comenzó unas semanas antes en la biblioteca de los jesuitas de San Sebastián. Tras muchas gestiones y no pocas reticencias, el septuagenario bibliotecario nos trajo de los fondos reservados el libro buscado: el antiguo *Tabidum regnum* (El pútrido reinado) de fray Jonás de Novara, fechado en 1661. El libro en sí no tenía nada de particular salvo que la edición era de 1818. Pero en la biblioteca, que había heredado los fondos de la Inquisición tras su supresión en 1820, había bastantes volúmenes de aquella época y aún anteriores.

Disponíamos de un permiso especial para llevárnoslo durante una temporada. Puede que fuese mi imaginación, pero me pareció que el bibliotecario se alegraba de entregarnos el libro, como quien respira al librarse de una pesada carga.

El argumento de fray Jonás era simple y manido: las aberraciones y sacrilegios de los euskaldunes antes de su total conversión al cristianismo, sacrilegios que venían *ex aeterno* y que el mismo Iñigo Arizta no había podido erradicar. Estos sacrilegios,

aunque con menor intensidad, habrían pervivido durante siglos, finalizando sólo cuando su muy Católica Majestad, el rey Fernando, entró en Navarra con los familiares del Santo Oficio. La Inquisición en algo más de una centuria habría extirpado el mal, a pesar de haberse introducido incluso en alguno de sus miembros, como en el inquisidor Gerundio de Oñate, quemado en Iruñea por tratos con el Diabólico.

La obra era una espléndida muestra de la política centralizadora llevada a cabo por la Corona de Castilla-Aragón, y por eso la había elegido como el tema para mi tesis. Se trataba además de un libro que, aunque citado con frecuencia, apenas nadie vivo había leído. Desde que se abolió la Inquisición no había tenido reedición alguna y sólo se conocía la existencia de media docena de ejemplares repartidos entre Roma, Oñati, Madrid y Donostia.

En el Departamento de Historia Moderna de la facultad enseñada estalló la polémica. Algunos de sus miembros, como Ion Goikoetxea y Ioseba Etxarte, defendían que lo único que se había perseguido, torturado, condenado y quemado era la cultura y la sabiduría de un pueblo apegado a su tierra. Otros, como mi amiga Aizpea, estimaban que en el fondo de la cuestión, tras mucha hojarasca, podía atisbarse un verdadero mal de pervivencia pagana o herética, que practicaba asesinatos rituales, antropofagia y algo más. Algo que ella nunca acababa de definir. Yo, quizá porque mi situación laboral no me permitía enemistarme con ningún grupo, mantenía una postura que pretendía ser equidistante, aunque en mi interior probablemente estaba más acorde con los primeros.

La tirantez creció hasta el punto de que, tras una fuerte discusión, Aizpea nos aseguró que nos proporcionaría pruebas tangibles de la certeza de su teoría. Desde luego, el libro no le resultaría de gran ayuda. La mayoría de los santuarios de la Divinidad Oscura o de los prados del aquelarre que citaba resultaban muy conocidos y visitados; servían como verdaderos parques temáticos para turistas. Otros tenían una localización ignorada para las personas del siglo XXI.

Necesitaba un lugar virgen y finalmente lo encontró. Fray Jonás citaba un paraje conocido como *lamia-osin*, cerca de la frontera,

## Las damas del lago

Julián Sánchez Caramazana

Tengo cinco hijas. Bueno, no me explico bien. Tenía cinco hijas. Ahora lo entenderéis. No hay que apresurarse. Una es su esclava. Se trata de la mediana. A las dos pequeñas, me consta que las mató. Creo que viven o no. De eso no estoy seguro. Porque no están vivas, más bien es la mediana la que está más viva, pero me consta que está muerta.

Nos fuimos del pueblo al extrarradio de la ciudad, y del extrarradio a la capital. Mal asunto. No hay manera. Es imposible. Si se encapricha, pronto encuentra otro fondo marino. Ella es la dama del lago, pero encuentra hábitat en cualquier oscuridad húmeda.

Te sigue.

Te persigue.

Ella y las que son como ella.

Pasean, caminan, son huellas de sangre, son huellas de muerte, son pasos, son mujeres, damas, asesinas.

Yo mismo he estado a punto de caer en su maligna y maldita atracción. El encanto de su horror te aprisiona. Perfume macabro, indómito, sensual, de textura atractiva. Ella es el hada del pánico.

Mis dos hijas vivas —las únicas que considero vivas porque están conmigo— me clavaron ayer las manos y los pies a dos maderas con las que formaron una tosca cruz extraordinariamente alta para alejar el peligro de ellas.

La ahogada —sí, eso es lo que es la dama del lago—, llegó hasta el jardín y la piscina del bloque del vecindario chorreando

sangre y agua. Porquería del fondo marino colgaba de su rubia cabellera. La transformación se había consumado y la bella, y engañosa hermosura física, se mostraba en disonancia con la bestia en el horror fétido de su muerte de siglos, en el hambre que acampa en sus ojos y pasos.

Sus fauces se abrieron enormes y sus colmillos querían clavarse en mi cara, mientras extendía los brazos hacia mí.

Tuve que evitar mirarle a los ojos. Vomité encima de mí por el nauseabundo olor que emanaba de ella.

Desde que la vi acercarse y elevarse, desde que contemplé cómo caía más sangre bajo ella, comencé a rezar. Mis oraciones detuvieron su boca a escasos centímetros de mi frente, paralizando sus afiladas intenciones. Cuando más se acercó, salvaje y retardora, volvió a detenerse. El agua bendita de mi cara y de mi cuerpo quemó sus ojos, el rostro, su cuerpo, creándole ampollas, atravesando su carne y piel muerta, y se desplomó contra el suelo.

Odio e ira concentrados es lo que atisbé cuando la vencí.

Mireia apaga el televisor, tira las sábanas lejos de ella y se levanta ágilmente de la cama. Se ha teñido el pelo de azul y contempla orgullosa su cuerpo desnudo en el espejo de su habitación. Los reflejos del cabello la hacen más seductora. Su desnudez es un aroma que vuela lejos de su apartamento en La Sagrera. Un perfume que se evade del espacio doméstico y se cuela por el aire siendo olfateado por las cinco damas que han subido a esta parte de la ciudad siguiendo a su madre y amante desde el fondo del Mediterráneo. Cinco bellezas muertas que viven por la noche y siguen los pasos de ella siendo huellas.

Nadie sabe nada, o casi nada, sobre el monstruo, sobre la ahogada. Su realidad asesina se remonta a varios siglos y se la ha combatido sin éxito o con éxito discutible. Mata a la mayoría de mujeres y jovencitas que se sienten seducidas por el destello magnético que emana. Aura, energía, fiereza, concentración, poder y magia de una no muerta.

A las que no convierte en esclavas se las lleva al fondo del lago, del mar o del río. Se bebe su sangre y se come su carne. No se sacia, ni se sacian sus hijas; y regresan cada noche, o siguen

## Sobre los autores

**José Luis Cantos Martínez** nació en los ochenta, en una localidad de Murcia, y comenzó a narrar historias incluso antes de aprender a escribir. En 2008 decide dar rienda suelta a sus locuras y presentarse a «todo concurso que se ponga por delante». Desde entonces, varios de sus relatos han sido publicados: *Ella* (en la antología de relatos eróticos *Karma Sensual 4: Amores que matan*, en el cual quedó como tercer clasificado), *La mancha* y *Duelo* (en la recopilación de microrrelatos *Supervivencia*, de Ediciones Fergutson). *La deuda*, *Naraka*, *Hannah* y *Eve* (de forma consecutiva en las cuatro últimas antologías publicadas por H-Horror). Además ha participado en el primer y segundo volumen de *Crónicas de la Marca del Este* (Holocubierta Ediciones), con los relatos *La última aventura de Galiep Malavida* y *La ciudad de los esclavos* respectivamente. Su *Oma Claudine* aparece en la antología *Zombimaquia* publicada por Dolmen Editorial dentro de su Línea Z.

**Cristina Puig Argente** (Palma de Mallorca, 1978). Es licenciada en Historia del Arte por la Universitat de les Illes Balears y Máster en Museología y Gestión del Patrimonio por la Universidad de Barcelona. Ha publicado artículos, fichas para catálogos y textos sobre arte. Escritora de formación básicamente autodidacta, su obra bebe de la influencia de autores como H. P. Lovecraft, E. Allan Poe, J. R. R. Tolkien o Anne Rice. Ha publicado diversos relatos (*Senderos de Fantasía* en Ediciones Parra, 2009, y *Cuentos desde el espejo*, Mallorca Fantástica Editors, 2011). Actualmente se encuentra escribiendo su primera novela de género

fantástico, *Erëhland*, que verá la luz en 2012. En 2012 publicará además un libro ilustrado del que es coautora junto al ilustrador Rafael Teruel (Norma Editorial).

**Elena Montagud** (Valencia, 1986) comenzó a sentir la llamada de la literatura desde bien pequeña. En su niñez y adolescencia participó en varios certámenes literarios del instituto y de su ciudad, quedando ganadora o finalista. Hace poco fue una de las ganadoras del concurso de microrrelatos de *Rec 2*, finalista en el Concurso de Microrrelatos *Atenea* y seleccionada en *Calabazas en el trastero: Peste*, en *Monstruos de cine* de la misma revista y en *H-Horror: Monstruos clásicos*. También ha sido seleccionada en el Premio Digi-Book 2010 de obra propia con *La crisálida*. Finalista en el *Ovelles Elèctriques III* con *Sub Umbrae*. Participa en *Zombimaquia* (Dolmen Editorial) con *Condemnata Regina*. Su relato *La cabaña del lago* se incluyó en febrero en la antología *Errores de percepción*. También forma parte de la segunda antología de relatos *Crónicas de la Marca del Este* con *El despertar de Reila de Sen Jin*.

**Jose Alberto Arias Pereira** (Bélmez de la Moraleda, Jaén, 1987). Licenciado en Traducción de inglés y francés en la Universidad de Granada y Máster de Profesorado. Ganó el certamen de relato del Pacto Andaluz por el Libro a los dieciocho años. Ganador del certamen *Desencaja 09* en la categoría de narrativa con su novela *La traición de Wendy* (Berenice, 2010). Colabora con diversas revistas culturales como crítico y redactor. Es miembro de la Asociación Española de Escritores de Terror Nocte y del equipo de redacción de la revista cultural *La Cuerva*. Ha sido incluido en las antologías *Y para qué más poetas. Herederos y precursores* (Eppur, 2010), *Poetas del 15M* (Ed. Séneca, 2011) y *Taberna espectral* (23 escalones, 2010).

**Mikel Rodríguez Álvarez** (Oiartzun, 1967) es profesor de Historia en el instituto de Educación Secundaria del valle del Baztán, epicentro de actividades brujeriles y de pactos satánicos. Además de varias monografías históricas y de múltiples artículos en *Historia 16*, *Historia y Vida*, *Revista de los Pirineos* o *Serga*, es autor de

*Sacamantecas y otros relatos vascos de terror*, volumen en el que funde el género de terror, especialmente tal como lo entendió H.P. Lovecraft, con la tradición vasca más truculenta y esotérica. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

**Julián Sánchez Caramazana** (Barcelona, 1962) es un veterano autor español de narrativa fantástica, considerado especialista en microrrelato y cuento, con más de una decena de libros de poesía, ensayo, aforismos y cuentos editados, que alcanza su solidez definitiva con la saga *La Soledad del Zombi*, cuyo primer volumen, *Lo que una vez se llamó Flora*, ha sido publicado por Holocubierta Ediciones. Trabaja de asesor editorial en Lenoir Libros y de proveedor de contenidos en Planeta Agostini. Es crítico musical, periodista, poeta, programador, autor-actor de monólogos teatrales, productor de promociones y venta de material discográfico, y realiza otras actividades culturales. Sus obras han recibido numerosos premios. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror, y de la Asociación de Escritores de Cataluña.